

hacerse causa pública los intereses particulares.

CAPITULO II.

PROCURA MOTEZUMA DESVIAR la paz de Tlascála: vienen los de aquella república á continuar su instancia; y Hernan Cortés executa su marcha, y hace su entrada en la ciudad.

Llegan nuevos Embajadores de Motezuma.

Su proposición.

EN el discurso de los seis días que se detuvo Hernan Cortés en su alojamiento para cumplir con los Mexicanos, se conoció con nuevas experiencias el afecto con que deseaban la paz los de Tlascála, y quanto se rezelaban de los oficios y diligencias de Motezuma. Llegaron dentro del plazo señalado los Embajadores que se esperaban, y fueron recibidos con la urbanidad acostumbrada. Venian seis caballeros de la familia Real con lucido acompañamiento, y otro presente de la misma calidad, y poco mas valor que el pasado. Habló el uno de ellos, y, no sin aparato de palabras y exâgeraciones, ponderó: „Quánto deseaba el supremo Emperador (y al decir su nombre hicieron todos una profunda humiliacion) ser „amigo y confederado del Príncipe grande, á quien „obedecian los Españoles, cuya magestad resplandecía tanto en el valor de sus vasallos, que se halla-

„ba inclinado á pagarle todos los años algun tributo, „partiendo con él las riquezas de que abundaba, por- Partidos que ofrecieron
 „que le tenia en gran veneracion, considerandole „hijo del sol, ó por lo menos señor de las regiones „felicisimas donde nace la luz; pero que habian de „preceder á este ajustamiento dos condiciones. La „primera, que se abstuviesen Hernan Cortés y los „suyos de confederarse con los de Tlascála; pues no para desviar de la paz de Tlascála,
 „era bien, que hallandose tan obligados de sus dádivas, se hiciesen parciales de sus enemigos. Y la „segunda, que acabasen de persuadirse á que no era y embarazar la jornada de México.
 „posible ni puesto en razon el intento de pasar á „México: porque segun las leyes de su imperio, ni „él podia dexarse ver de gentes estrangeras, ni sus „vasallos lo permitirian. Que considerasen bien los „peligros de ambas temeridades; porque los Tlascaltécas eran tan inclinados á la traicion y al latrocinio, que solo tratarian de asegurarlos para venderse de ellos, y aprovecharse del oro con que los „habia enriquecido; y los Mexicanos tan zelosos de „sus leyes, y tan mal acondicionados, que no podria reprimirlos su autoridad, ni los Españoles que „jarsen de lo que padeciesen, tantas veces amonestados de lo que aventuraban.”

De este género fue la oracion del Mexicano, y todas las embajadas y diligencias de Motezuma paraban en procurar que no se le acercasen los Españo-

les. Mirabalos con el horror de sus presagios; y fingiendose la obediencia de sus dioses, hacia religion de su mismo desaliento. Suspendió Cortés por entonces su respuesta, y solo dixo: „Que sería razon „que descansasen de su jornada, y que los despachara brevemente.” Deseaba que fuesen testigos de la paz de Tlascála; y miró tambien á lo que importaba detenerlos, porque no se despecháse Motezuma con la noticia de su resolucion, y tratáse de ponerse en defensa: que ya se sabía su desprevencion, y no se ignoraba la facilidad con que podia convocar sus exércitos.

Dieron tanto cuidado en Tlascála estas embajadas, á que atribuían la detencion de Cortés, que resolvieron los del gobierno, por última demostracion de su afecto, venir al quartel en forma de Senado para conducirle á su ciudad; ó no volver á ella sin dexar enteramente acreditada la sinceridad de su trato, y desvanecidas las negociaciones de Motezuma.

Era solemne y numeroso el acompañamiento, y pacífico el color de los adornos y las plumas. Venian los Senadores en andas ó sillas portátiles sobre los hombros de ministros inferiores; y en el mejor lugar Magiscatzín, que favoreció siempre la causa de los Españoles, y el padre de Xicotencál, anciano venerable, á quien habia quitado los ojos la vejez; pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavia

Suspende Cortés la respuesta.

Vienen los Tlascaltécas en forma de Senado

con grande aparato.

Magiscatzín como mas antiguo.

con opinion de sabio entre los Consejeros. Aparearonse poco antes de llegar á la casa donde los esperaba Cortés: y el ciego se adelantó á los demás, pidiendo á los que le conducian que le acercasen al Capitan de los Orientales. Abrazóle con extraordinario contento, y despues le aplicaba por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerle, supliendo con las manos el defecto de los ojos. Sentaronse todos, y á ruego de Magiscatzín habló el ciego en esta substancia:

„Ya valeroso Capitan, seas ó no del género mortal, tienes en tu poder al Senado de Tlascála, última señal de nuestro rendimiento. No venimos á disculpar el yerro de nuestra nacion; sinó á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. Nuestra fue la resolucion de la guerra; pero tambien ha sido nuestra la determinacion de la paz. Apresurada fue la primera, y tarda es la segunda; pero no suelen ser de peor calidad las resoluciones mas consideradas; antes se borra con trabajo lo que se imprime con dificultad: y puedo asegurar que la misma detencion nos dió mayor conocimiento de tu valor, y profundó los cimientos de nuestra constancia. No ignoramos que Motezuma intenta disuadirte de nuestra confederacion: escuchale como á nuestro enemigo, sinó le consideres como tirano, que ya lo parece quien te busca

Adelántase Xicotencál el ciego.

Habla por el Senado.

„ para la sinrazon. Nosotros no queremos que nos
 „ ayudes contra él , que para todo lo que no eres tú
 „ nos bastan nuestras fuerzas : solo sentiremos que
 „ fies tu seguridad de sus ofertas ; porque conocemos
 „ sus artificios y maquinaciones , y acá en mi cegue-
 „ dad se me ofrecen algunas luces que me descubren
 „ desde lejos tu peligro. Puede ser que Tlascála se
 „ haga famosa en el mundo por la defensa de tu ra-
 „ zon ; pero dexemos al tiempo tu desengaño : que
 „ no es vaticinio lo que se colige facilmente de su
 „ tiranía y de nuestra fidelidad. Ya nos ofreciste la
 „ paz : ¿ si no te detiene Motezuma , qué te detiene ?
 „ ¿ Por qué te niegas á nuestras instancias ? ¿ Por qué
 „ dexas de honrar nuestra ciudad con tu presencia ?
 „ Resueltos venimos á conquistar de una vez tu vo-
 „ luntad y tu confianza , ó poner en tus manos nues-
 „ tra libertad : elige , pues , de estos dos partidos el
 „ que mas te agradáre : que para nosotros nada es ter-
 „ cero entre las dos fortunas , de tus amigos ó tus pri-
 „ sioneros .”

Asi concluyó su oracion el ciego venerable , por-
 que no faltáse algun Apio Claudio en este consisto-
 rio , como el otro que oró en el Senado contra los
 Epirótas : y no se puede negar que los Tlascaltécas
 eran hombres de mas que ordinario discurso , como
 se ha visto en su gobierno , acciones y razonamien-
 tos. Algunos escritores poco afectos á la nacion Es-

Los Tlascal-
 técas hom-
 bres de ra-
 zon y elo-
 quencia.

pañola tratan á los Indios como brutos incapaces de
 razon , para dar menos estimacion á su conquista. Es
 verdad que se admiraban con simplicidad de ver hom-
 bres de otro género , color y trage : que tenian por
 monstruosidad las barbas , accidente que negó á sus
 rostros la naturaleza : que daban el oro por el vidrio :
 que tenian por rayos las armas de fuego , y por fie-
 ras los caballos ; pero todos eran efectos de la nove-
 dad , que ofenden poco al entendimiento : porque la
 admiracion , aunque suponga ignorancia , no supone
 incapacidad ; ni propiamente se puede llamar igno-
 rancia la falta de noticia. Dios los hizo racionales ; y
 no porque permitió su ceguedad , dexó de poner en
 ellos toda la capacidad y dotes naturales que fueron
 necesarios á la conservacion de la especie , y debi-
 dos á la perfeccion de sus obras. Volvamos , empe-
 ro , á nuestra narracion , y no autoricemos la calum-
 nia sobrando en la defensa .

No pudo resistir Hernan Cortés á esta demostra-
 cion del Senado , ni tenia ya que esperar , habiendo-
 se cumplido el término que ofreció á los Mexicanos ;
 y asi respondió con toda estimacion á los Senadores ,
 y los hizo regalar con algunos presentes , deseando
 acreditar con ellos su agrado y su confianza . Fue ne-
 cesario persuadirlos con resolucion para que se vol-
 viesen : y lo consiguió , dandoles palabra de mudar
 luego su alojamiento á la ciudad , sin mas detencion

No se de-
 ben tratar
 los Indios
 como bru-
 tos.

La admira-
 cion no es
 ignorancia.

Responde
 Cortés al
 Senado.

que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos que condujesen la artillería y el bagage. Aceptaron ellos la palabra, haciendosela repetir con mas afecto que desconfianza; y partieron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los Indios de carga que fuesen menester: y apenas rayó la primera luz del dia siguiente,

Vienen de
Tlascála In-
dios de car-
ga.

quando se hallaron á la puerta del quartel quinientos Tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Marcha el
ejército á
Tlascála.

Tratóse luego de la marcha: pusose la gente en esquadron, y dando su lugar á la artillería y al bagage, se fue siguiendo el camino de Tlascála con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército: á cuya rigurosa disciplina se debió mucha parte de sus operaciones.

Concurso
de los In-
dios en el
camino.

Estaba la campaña por ambos lados poblada de innumerables Indios, que salian de sus pueblos á la novedad: y eran tantos sus gritos y ademanes, que pudieran pasar por clamores ó amenazas de las que usaban en la guerra, sinó dixera Doña Marina que usaban tambien de aquellos alaridos en sus mayores fiestas, y que, celebrando á su modo la dicha que habian conseguido, victoreaban y bendecian á los nuevos amigos: con cuya noticia se llevó mejor la molestia de las voces, siendo necesaria entonces la paciencia para el aplauso.